Francisco García Rivero

Las historias del abuelo

(Una de Reyes y milagros)

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS

editorial guadalmena

La Cabalgata de Reyes Magos de Alcalá de Guadaira, Institución Decana de la Navidad, quiere homenajear y obsequiar, por medio de este cuento, a todos los niños de Alcalá. Estamos convencidos de que a través de su amena y alegre lectura y la belleza de sus ilustraciones, estos hombres y mujeres del futuro serán asiduos lectores y personas más receptivas a las cosas de su ciudad. No olvideis nunca, que la cultura y la educación hacen a las personas más libres.

Esta edición se distribuye gratuitamente entre los niños alcalareños por gentileza de la Asociación de Amigos de los Reyes Magos de Alcalá de Guadaira

© Edición: Asociación de Amigos de los Reyes Magos de Alcalá de Guadaira

© Texto: Francisco García Rivero

© Ilustraciones: Francisco Barranco García

Edita: Editorial Guadalmena, S.L.
Avda. de Portugal, s/n
Tlf. 95 568 65 43
Alcalá de Guadaira (Sevilla)

I.S.B.N.: 84-86448-65-4

Depósito Legal: SE-2623-99

Imprime: Aquiles y Cía. Impresores, S.L.
Tlf. 95 568 48 51
Alcalá de Guadaira (Sevilla)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor.

Francisco García Rivero

Las historias del abuelo

(Una de Reyes y milagros)

A mis nietos
para que se lo cuenten a los suyos

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS

editorial guadalmena

Era una fría noche de Enero y el abuelo, su hija y su nieto estaban sentados alrededor de la camilla, tranquilos y en silencio, cada uno con su tarea y pensamientos: el abuelo estaba enfrascado en su manoseado Quijote y, como siempre, lo leía despacio moviendo los labios y siguiendo las palabras con el dedo índice; la madre repasaba los calcetines cosiéndole los puntos y zancajos que se hacía su hijo con tanta frecuencia por el no parar de correr y jugar a la pelota, y a los que estaban imposibles de coser, los remendaba unos con otros poniéndoles punteras, talones y plantillas; el niño, de 7 años, peleaba con las primeras palabras aprendidas, repasando su Catón.

Las campanas de la cercana iglesia de San Sebastián rompieron bruscamente el profundo silencio de las calles dando lastimeramente el toque de ánimas, como cada noche, y sus sonoros ecos, esparciéndose por el pueblo, enviaban a los creyentes un fugaz recuerdo hacia los idos, además de anunciar el cierre del templo hasta la mañana siguiente.

--¡Las ánimas! --Dijo la madre interrumpiendo su costura y santiguándose, y el niño, cortando su combate con las letras y palabras miró a su abuelo, embebido en su Quijote, y le dijo con ruego cariñoso:

-¡Abueloo; cuéntame un cuentoo!

Pero el abuelo más metido en sus pensamientos que en la lectura, no pareció enterarse.

-¡Abuelooo, abuelooo, cuéntame un cuento! -Repitió el niño, tocándole una mano.

-¿Otro cuento? -Contestó reaccionando el abuelo por fin-. Ya te conté todos los que sabía, y más de una vez, y además otros que me he ido inventando.

-Entonces cuéntame algo de las cosas que pasaron hace tiempo y tú te acuerdes. ¿Tu abuelo no te contaba a ti cuentos cuando tú eras chico?

El abuelo sintió un alfilerazo en su memoria que le despertó una cascada de recuerdos de sus abuelos en imágenes rápidas y, entre ellas, las historias que le contaba su abuelo, más que cuentos, que le parecían estupendas, aunque por las veces que se paraba, pensaba él ahora que muchas las inventaba y tenía que ir recomponiendo el perdido hilo de su narración.

-¡Abuelo, anda, cuéntame algo!

Estas palabras lo volvieron a la realidad aunque un poco entristecido por los pensamientos e imágenes despertados en su memoria y, reaccionando por algo que había recordado, contestó a su nieto:

-Me ha venido ahora a la memoria una historia que me contaba mi abuelo y decía que a él se la contó el suyo y a este el suyo, y así desde no sabía cuanto tiempo. Esta historia le gustaba además mucho a mi abuela y decía que estas cosas no debían olvidarse ni perderse nunca.

Mientras hablaba a su nieto, se agachó a coger la paleta y removió la copa de cisco que había perdido calor al irse cubriendo de cenizas, con lo cual el fuego se avivó y un calor renaciente llegó a las piernas de los tres, aliviando un poco el frío de la noche que se colaba por la entreabierta puerta que daba al patio, pues los gases del cisco eran muy peligrosos si se quedaban concentrados en una habitación cerrada.

El niño se alegró al mismo tiempo que decía:

-Cuéntamelo abuelo, pero no muevas tanto la copa que me estás quemando las piernas y me van a salir cabrillas. ¡Tú, como tienes pantalones largos. . .!

El anciano sonrió, cerró su Quijote a continuación y empezó la historia como siempre lo hacía su abuelo:

-Había una vez en Alcalá hace muchos siglos, cuando Alcalá estaba en el castillo, un rey muy religioso con una tropa muy importante de capitanes, caballeros y soldados, porque quería conquistarle Sevilla a los moros y soñaba con el día en que Nuestro Señor y la Virgen volvieran a ser adorados en aquella importante ciudad.

-Todo el pueblo estaba muy contento y agitado aquellos días porque en la pequeña mezquita de los moros alcalareños, que el rey había vuelto a convertir en iglesia cristiana, como fue antes de que ellos llegaran, se había colocado la preciosa imagen de la Virgen con su Niño, que tan milagrosamente había sido descubierta.

-Según se contaba, lo que había pasado era que desde el mismo día que el rey cristiano entró como señor en nuestro

castillo para quedarse en él, una águila real se posaba cada tarde sobre un torreón que estaba en las antiguas defensas, ya ruinosas y abandonadas, resultando también muy extraño, que se la veía llegar al atardecer pero nadie la vio nunca salir, lo que empezó a intrigar a la gente, pensando que a lo mejor el torreón tenía una galería a las que los moros eran tan aficionados.

-Estas cosas llegaron a conocimiento del rey y entonces decidió éste que de día, cuando se suponía que el águila no estaba, escalaran el alto y abandonado torreón para averiguarlo. Al hacerlo, se encontraron que el animal, con su pico, había ido rompiendo parte del suelo de la terraza abriendo en él un agujero, por el que se veía un gran hueco en el cuerpo del torreón que, hasta entonces, todos creían que era macizo.

-Con miedo, pensando que dentro podía estar el águila, terminaron de abrir el hueco y en él se encontraron una preciosa imagen de la Virgen con su Niño, lo que llenó de alegría a todos y principalmente al rey, que radiante de gozo la trasladó a la recién convertida iglesia cristiana, y la mandó colocar en el altar mayor, desplazando a un lateral el cuadro de San Mateo que el rey había mandado traer, y presidía la iglesia.

-Se pensó que ante el avance de los moros, los antiquísimos cristianos que hubo aquí antes, la habían escondido allí, y que Ella quería volver a su Casa, comprobándose que a partir de aquel día no volvió más el águila misteriosa.

La madre, interesada en la historia, interrumpió la costura y miraba a su padre, haciéndole a continuación una pregunta que cortó la entusiasmada narración del abuelo:

-¿Entonces, esa Virgen que encontraron es nuestra Patrona? -Preguntó llena de curiosidad.

-Eso decía mi abuelo, y la historia no la terminaba aquí, sino que la continuaba diciendo que a los muy pocos días de estar la Virgen en su templo, una noche de frío muy grande, como ésta, se encontraba el rey sentado y pensativo ante el fuego alegre de una chimenea, estando junto a él, también sentados y en silencio, su hijo mayor, que le sucedería, y el rey moro de Granada, que era su aliado en esta guerra.

-El príncipe rompió el silencio, dirigiéndose respetuosamente al rey:

-Padre, me ha dicho Don Rodrigo, el alcaide, que en el Arrabal ha nacido un niño precioso hace unas cuantas noches, de unos padres judíos, y que ha nacido en una de las cuevas

abandonadas, porque de su casita del Arrabal los ha echado uno de los moros poderosos que desalojamos de aquí arriba, del pueblo, metiéndose en ella con su familia.

El rey sintió una punzada de indignación que se le fue agrandando en el pecho, y en un impulso repentino dijo levantándose:

-¡Vamos a ver a esa familia! Ordena que le preparen algo de lo más preciso y vamos allá, porque esta noche, acuérdate, es noche de Reyes, y ese niño también es judío.

Su hijo y el rey de Granada lo miraron llenos de asombro, pero era tan firme su actitud que no dijeron nada y, al muy poco, tres caballos con tres reyes sobre ellos salieron hacia el Arrabal por su puerta de la muralla y bajaron por los

caminos de albero entre casitas y cuevas cerradas, dada la hora, acompañados por un grupo de soldados guiados todos por Juan de Baeza, uno de los cristianos, extraordinariamente bueno, ya instalados por orden del rey en el pueblo de arriba con su familia, y que era el que habló del caso al alcaide.

-El guía se paró ante una cueva cerrada y golpeando en la puerta dijo: -¡Abre Miriam, que soy yo, Juan!

-La puerta se abrió y un hombre de poblada y negra barba apareció en ella quedando petrificado de asombro ante lo que vieron sus ojos. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué un rey tan poderoso y distante venía a su cueva, y a esta hora?

-Los reyes se disponían a bajar de sus caballos pero quedaron parados, sorprendidos, porque sobre el macizo monte que se levantaba en la dirección de Sevilla sobre el molino árabe de Rial Haja había un enorme y brillante lucero parpadeando en un cielo azul, casi negro, cuajado de estrellas.

-¿Qué lucero es ese que brilla tanto y parece que nos está haciendo señas? -Preguntó el rey a su hijo, que era muy entendido en estas cosas.

-Es el lucero de la tarde, padre, pero como hoy no hay luna, brilla mucho más, aunque desde luego está más hermoso que nunca.

-La puerta abierta de la cueva permitía ver parte de su interior casi vacío de muebles, alumbrado por una humilde lamparilla de aceite colgada en un clavo en la pared. En un lado estaba una joven sentada con su niño en brazos, al que

dejó de amamantar tapándose el pecho con extraordinario pudor, levantándose ligera con su niño, al ver a los visitantes.

Los tres reyes entraron en el cobijo y el contraste de aquellos personajes tan ricamente vestidos, con los tres habitantes de la cueva, tan humildes, resultaba muy triste. El padre, nervioso y acharado no sabía qué decir ni qué hacer u ofrecer; la madre, de grandes ojos negros preñados de humildad, abrazaba a su hijo con dulzura bajando la mirada, también asombrada, mientras el gran rey se acercó a mirar al niño quedando admirado de su belleza y, sobre todo, de que lo miraba fijamente sin parpadear desde que entró, terminando por abrir su boquita

con la primera sonrisa de su vida, lo que llegó al corazón del buen rey.

-Dirigiéndose a su hijo, que estaba también triste y asombrado mirando la desmantelada cueva y el conjunto humano que la habitaba, le dijo:

-Dile a Don Rodrigo que prepare dos habitaciones en la Iglesia para que acojan mañana a esta familia; que los muebles y todo lo costee el que los echó de su casa, pagándoles además el precio justo de ella, porque hoy la ha comprado. Y nada más, ya que esta noche, tan extraña, no quiero castigar más severamente a nadie.

-El hijo se atrevió a decir discretamente a su padre si iban a meter a una familia judía en la Iglesia, a lo que el gran rey, sonriendo le contestó:

-También eran judíos los que adoramos allí y creo que se alegrarán de acoger en su casa a una familia de su tierra, tan pobres como fueron ellos.

-El rey de Granada, callado hasta entonces, comunicó discretamente al gran monarca cristiano que él quería dar también algo a aquella familia, un poco como compensación por el atropello que realizó contra ella su correligionario, y al serle agradecido por el rey, ordenó a un capitán de su guardia, que lo acompañaba, que diera al padre del niño diez monedas de oro la mañana siguiente.

-Los soldados, dirigidos por Juan de Baeza, dejaron en la cueva la leche, comida, mantas nuevas y ropa que llevaban, y decía mi abuelo, que al salir los reyes de nuevo, el brillante lucero de aquella noche, mayor todavía, rozaba la cresta del pelado cerro que hoy llamamos de Villalba y parecía una enorme fogata de luz blanquísima, que hacía guiños parpadeantes a los reyes, los cuales, extasiados y lleno su interior de íntima alegría, lo contemplaban.

-¡Qué bonita es esa historia, abuelo! -dijo el niño, mientras la madre miraba asombrada a su padre y le decía:

-Eso no me lo contó usted nunca a mí, que yo recuerde, padre. ¿Y qué pasó después? ¿Se hicieron cristianos los judíos?

El abuelo, contento porque sentía que había acertado con la historia, continuó: -Decían que la familia vivió siempre en la Iglesia, entregados absolutamente a la tarea de cuidarla, y que desde entonces tenía ésta siempre las más bellas flores adornándola y, la limpieza, cuidado y trabajos en ella del matrimonio le consiguieron y mantuvieron un aspecto y ambiente maravillosos, cada vez mejor. Es casi seguro que se harían cristianos, aunque de eso no hablaba mi abuelo, pero al niño sí lo bautizaron como cristiano y Juan de Baeza con su mujer fueron los padrinos, poniéndole el nombre de Juan en reconocimiento a aquel hombre bueno.

-A la Virgen, oficialmente le pusieron el nombre de «la Virgen del Castillo», pero el pueblo la llamó siempre la del Águila, y al final fue éste el nombre que se le quedó, tanto a la Iglesia que la acogió como a la Imagen, y Miriam, la jovencita madre judía, fue conocida cariñosamente por todos como «la María del Águila», lo que la llenaba de íntima satisfacción.

-El rey iba diariamente a la Iglesia a rezar, solo y postrado de rodillas ante la Virgen y su Hijo, y después pedía a María que le trajera a su niño y sentándoselo en sus rodillas le hablaba de todo y además de sus proyectos y deseos de cristianizar a la Humanidad, escuchándolo el pequeñito con mucho interés y sonriendo de vez en cuando tanto al rey como

al otro Niño, al de la Virgen, pareciendo que se entendía con Él.

-Y según decían, el niño al crecer se fue pareciendo cada vez más al de la Virgen, como si fuesen parientes, y que de noche, cuando la Iglesia estaba cerrada, se oían dentro risas y hasta carreras de niños pequeños jugando dentro, y si le hablaban a María o a su marido de esos ruidos, lo único que hacían era sonreír abiertamente como si les hiciera gracia la cosa, pero nada más.

-Mi abuelo decía que a él le parecía eso una de las historias exageradas que se inventa la gente, pero mi abuela, que era muy devota de la Virgen, se enfadaba y le decía que por qué

no iba a ser verdad, si milagros mayores se han visto. Pero en fin, sigamos.

-El rey de Granada se marchó a su reino llevándose con él su ejército y además a la familia que le arrebató la casita a los judíos y a la que ya todo el mundo miraba mal o no quería nada con ellos.

-El rey cristiano conquistó Sevilla por fin, instalándose con su corte y su familia en el alcázar, y Juan, el niño judío, hecho ya un muchachito con negra y espesa barba, se fue de misionero hacia Granada con sayal y cayado a intentar abrir caminos de cristianismo, como le comunicaba el rey que era su deseo, cuando él era pequeñito. Se marchó pero nunca más se supo realmente de él. Sus padres, entristecidos por su

ausencia fueron envejeciendo entre el aprecio y cariño del pueblo hasta que murieron, siendo enterrados en el cementerio cristiano de la Iglesia.

-Mi abuelo daba aquí por terminada la historia, pero entonces intervenía mi abuela diciéndole:

-¡Cuéntale también lo del milagro de la Virgen!

-Y mi abuelo sonriéndole, decía: -¡Tú sigues con tu idea, eh!, y seguía entonces.

-En fin, según mi abuelo, se decía que un día, María del Águila, al ir a rezar a la Virgen, como cada mañana, vio con horror que la Imagen estaba llorando, pues caían lágrimas de sus ojos, y al acercarse más vio que el Niño, tan sonriente siempre, también había llorado. Presintiendo y convencida que era por su Juan, cayó desplomada sobre el banco próximo y un llanto doloroso, inagotable, brotó también de sus ojos de madre, y desde entonces parece que se fue consumiendo a ojos vistas y no se encontraba a gusto más que al lado de la Virgen, que de nuevo la miraba, pero con una dulzura especial.

-Mi abuela se emocionaba mucho con este detalle, saltándosele las lágrimas también a ella, pero mi abuelo se reía diciéndole cariñosamente que no era para tanto, que cómo iba a ser verdad que una Imagen llorara y que eso eran historias bonitas que la gente se inventaba; pero mi abuela no se conformaba y terminaban cada uno con su idea, discutiendo, y sin convencerse uno a otro.

-Y aquí si que termina la historia, dijo el abuelo mirando sonriente a su nieto, mientras le frotaba la cabeza cariñosamente con una mano y a continuación lo besó diciéndole:

-Cuéntale esta historia a tus hijos y tus nietos si los conoces, porque creo que les gustará, y estas pequeñas historias de los pueblos son más bonitas, y le llenan más a la gente, que la historia seria de los libros, de guerras y conquistas. Y según decía mi abuela, también les gustará a nuestra Virgen y a su Niño.

El abuelo, se agachó buscando la paleta para mover la copa de nuevo, mientras el niño quedó pensativo y callado, y la madre, llena de ternura, los miraba a los dos, reanudando en silencio su tarea con los calcetines.

Francisco García Rivero nace en Alcalá de Guadaira en 1925, empezando en 1938 de panadero por Sevilla, hasta que en 1940 ingresa en la Escuela de la Pirotecnia Militar, donde cursa los cuatros años de Formación Profesional, trabajando después como Ajustador durante ocho años, mientras estudia.

Posee los títulos de Ajustador, Facultativo de Minas, Ingeniero Técnico en Metalurgia y Graduado Social.

Desde 1952 trabajó como Perito en la Cía. Rio Tinto Limited, Astilleros de Sevilla y F.L.A.B.E.S.A. (FLEX), jubilándose a los 66 años, tras 53 de trabajo.

Formó parte del grupo de fundadores de la Cabalgata de Reyes Magos de Alcalá que en 1960 inició su andadura ininterrumpida, siendo nombrado su primer presidente.

En 1965 fundó la asociación «Los Amigos de la Arqueología» que realizó trabajos y hallazgos en nuestro castillo y es autor de numerosos artículos -principalmente sobre el río, el castillo y los molinos-, en las Revistas y periódicos locales.

Colaboró en el libro ALCALA DE GUADAIRA, PASADO, PRESENTE Y FUTURO con «el Guadaira y sus Molinos», y ha publicado los libros EL CASTILLO DE ALCALÁ DE GUADAIRA, (dos ediciones), y ORÍGENES E HISTORIAS DE ALCALÁ DE GUADAIRA.

Es colaborador del periódico local «LA VOZ DE ALCALÁ» y está elaborando un nuevo libro sobre «Historias y cosas de mi pueblo». Hoy, patrocinado por la Asociación de REYES MAGOS DE ALCALÁ, presenta este cuento sobre REYES Y MILAGROS.

Patrocinan: Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Alcalá de Guadaira, y

CajaSur

PROMOCIONES INMOBILIARIAS
JOSE RECIO

Empresa ALCALA

Radio Guadaira